



María Mata, 84 años.
Almudena García, 23 años.

De camino a la vida

Unos años después de que finalizara la guerra en España, la vida en los pueblos no era fácil y sus gentes marchaban a las grandes ciudades en busca de trabajo y dinero. En busca de una vida. La ciudad representaba para ellos su salvación frente a todas las dificultades que les planteaba la España rural, pero tampoco era un camino de rosas... Como tantos otros, María y su familia decidieron dejar atrás su tierra y salir de Villafranca de los Barros para empezar de nuevo en Madrid.

Su marido, Curro, llevaba dos años trabajando como albañil en el colegio de los jesuitas del pueblo, pero al acabar la obra comprobó con consternación que allí ya no había empleo. Había llegado la hora de ir a buscar el dinero con el que dar de comer a sus hijos a otro lugar. Y así, un día de San José de 1956, preparó sus cosas y partió a Madrid, donde encontró una pensión en el barrio de Usera. Gracias a su trabajo en Agromán podía seguir manteniendo a su familia, a la cual mandaba dinero cada mes.

Al dinero que enviaba Curro se le sumaba el que ganaba María cosiendo, pero ésta pronto encontró la oportunidad que esperaba para romper con esto y seguir los pasos de su marido. Un buen día, una vecina, Juana, se acercó a María y le pidió las señas de Curro en Madrid, porque quería comprarse una casa allí. Curro le ayudó con la compra y Juana, en agradecimiento, le propuso a María ir con ella a su nueva casa, situada en el Pozo del Tío Raimundo. Sin dudarle, María preparó las cosas y llamó a su marido: *"Mañana cojo el tren a las 3"*. Y al día siguiente, un 4 de agosto de hace 50 años, a las 3 en punto, ese tren salió hacia Madrid, con María y sus tres hijos. Sin embargo, el trayecto no resultó fácil, pues el pequeño, de tan sólo 11 meses, enfermó y fue necesario ponerle una inyección de penicilina.

Estuvieron viviendo los cinco en casa de Juana, hasta que, a los dos meses, decidieron construir una chabola en el Puente de Vallecas, al igual que estaban haciendo muchos vecinos. El primer día que fueron a vivir a su nueva casa cayó una gran tormenta y la chabola se derrumbó. Al día siguiente, Curro, con ayuda de los trabajadores de Agromán, reconstruyó la casa, esta vez con un techo más resistente.

La chabola era pequeña, muy humilde: *"Tenía una salita y una habitación, pero no había cuarto de baño, teníamos que hacer las necesidades en una lata"*, recuerda María. Tampoco había agua corriente, tenían que ir a la fuente a buscarla; y la única luz con la que contaban eran los rayos del sol, pero noche tras noche se subían al poste de la luz y la encendían, aunque la policía se la quitara a la mañana siguiente.

Su marido y ella dormían en una cama de ladrillo, su hijo mayor en una cama mueble, el pequeño encima de tres sillas y su niña dormía sobre un baúl, utilizando como almohada el brazo de su padre. *"Te levantabas y no sabías dónde poner las manos, no teníamos ni para una barra de pan, pero estábamos conformes porque no estábamos solos"*. Y es que todos los vecinos vivían en las mismas condiciones, todos procedían de otros lugares y las dificultades eran idénticas para la mayoría, lo que les hacía estar aún más unidos y llevar las penas con más ánimo.

Viviendo en la chabola, su hijo pequeño cayó enfermo con ganglios en el pulmón. María y su cuñada lo llevaron al Hospital del Rey para curarle. Una vez allí, mientras estaban esperando a que les asignaran un número para entrar a consulta con el



Doctor Carmona, una enfermera se negó a dárselo, y con desdén les dijo: *“Ese niño se va a morir”*. *“¿Que se va a morir mi hijo?”*, María aún no daba crédito a lo que había escuchado, *“pues si yo vengo a buscarle la vida”*.

Ante el desconuelo que les causó oír de labios de la enfermera que el niño no podría salvarse, las dos mujeres salieron de allí llorando y sin poder hacer nada. Pero una monja se acercó a María y le preguntó cuál era la razón de su llanto. María se lo explicó todo y la monja les llevó junto al doctor. Éste les comunicó que su niño tendría que permanecer ingresado en el hospital para poder curarse; y su cura llegó a los dos meses, fecha en que le dieron el alta.

Y así transcurrió su vida en la chabola, venciendo los problemas con grandes dosis de entusiasmo. Durante ocho años, María y Curro cuidaron de sus niños, vieron nacer a su cuarto hijo y con el sueldo de Curro y los puntos del subsidio que iban cobrando fueron saliendo adelante.

En el año 1964, la Administración entregó una serie de viviendas a todas aquellas personas que vivían en la miseria; eran las llamadas UVA: Unidades Vecinales de Absorción. Así, María y su familia se trasladaron a la UVA de Villaverde Alto, lugar donde se construyeron un total de 950 viviendas destinadas a remodelar la ciudad y a remediar todas las calamidades por las que pasaban los habitantes de los suburbios. Todas estas casitas contaban con electricidad y agua corriente, además de tener bien diferenciados la cocina, el comedor, el cuarto de baño y los tres dormitorios. María recuerda con alegría este gran cambio: *“Aquí empezamos a vivir, las cosas se fueron arreglando”*.

En el poblado todo fue mucho más fácil que en Vallecas, y aunque todo estaba organizado de forma más individual, la convivencia entre los vecinos seguía siendo muy enriquecedora. Fue precisamente una vecina, Dolores, la que, a la altura de 1974, propuso a María y a otra señora un nuevo cambio de aires: *“Me han dicho que si vamos al Ministerio de la Vivienda nos dan una casa”*. Pero aunque la idea era buena, pensaron que no era adecuado presentarse solas ante el Ministerio, necesitaban a alguien que les abriera las puertas de algún modo. *“¿Por qué no se lo pedimos a Don José?”*, propuso María. Don José era el cura de San Félix, la iglesia del poblado, y allí fueron las tres para contarle lo que habían pensado. Una vez que se reunieron con el cura, decidieron escribir una carta al Ministerio solicitando una cita; sabían que las posibilidades de que les contestasen eran muy reducidas, pero María nunca perdió la fe.

Poco después, una mañana en que María se encontraba regando las plantas en la puerta de su casa, Don José fue a visitarla y a comunicarle que había recibido una carta del Ministerio: *“Esta tarde a las 4 nos esperan”*. Y esa misma tarde, en el coche del cura, partieron todos hacia la Castellana en busca de un nuevo hogar. Pero de camino al Ministerio, a María se le ocurrió que en lugar de pedir casas individuales, sería mucho mejor solicitar una remodelación de la UVA de Villaverde: *“Y que nos lleven a todo el poblado a una vivienda más digna”*. A todos les pareció una magnífica idea, y a partir de ese momento empezaron a luchar para que se cumpliera.

Formaron una asociación de vecinos porque consideraron que con ella sería más sencillo alcanzar su meta y porque, de ese modo, todos los habitantes del poblado estarían al corriente de cuantas decisiones tomaran. Un día celebraron una asamblea en la iglesia, a la que acudieron todos los vecinos, y María, que se había convertido en vocal de dicha asociación, les explicó lo que habían pedido al Ministerio. En ese



momento, San Félix se inundó de risas y aplausos, pues la alegría de los vecinos se manifestó en una gran ovación.

A partir de ese momento comenzaron a sucederse los viajes al Ministerio de la Vivienda, las negociaciones, las críticas y las dudas, pero la esperanza por una vida mejor les hacía no darse por vencidos. La asociación estuvo trabajando en ello durante cinco años, y finalmente, un día de 1979, unos representantes del Ministerio fueron a casa de María para decirle que ella había sido la elegida para poner la primera piedra de todos los pisos que iban a construir.

Y así María colocó, en un paisaje de Villaverde totalmente desierto, la piedra que iba a ser la primera pieza de su casa, de la casa por la que había estado luchando tanto tiempo. Sobre ese suelo también depositó sus sueños y el anhelo de verlos algún día hechos realidad. Y ese día llegó. En 1982 finalizaron las obras de los pisos y María, Curro, sus hijos y los demás vecinos abandonaron el poblado y se fueron a su nuevo hogar.

La búsqueda para María y los suyos había terminado; después de tantos años de andaduras, de caídas y tropiezos, habían llegado al final del camino. Habían llegado al principio de su vida...

Lo importante de la vida

Hoy, María, con 84 años, mira atrás e intenta recordar cómo ha sido su vida, y se pregunta si en verdad ha sabido vivirla.

Ella sabe que vivir es un continuo aprendizaje de cómo sortear todos los obstáculos que se van presentando en nuestro camino. María es consciente de que la vida está repleta de sufrimientos y dificultades, pero, como ella dice: *“Eso no debe acobardarnos, porque la vida no es como uno quiere, es como a uno se le va presentando”*.

María y su familia han pasado muchas penas porque no han tenido medios: *“He vivido en sitios muy bajos, he tenido decadencias, he trabajado muchísimo para sobrevivir, pero por algo hay que luchar”*. María luchó para poder criar a sus hijos, para alimentarles y para llevarlos a una buena vivienda; pero en esa lucha se vio obligada a admitir que *“no siempre valemos para todo lo que queremos”*. No obstante, aprendió a convivir con los problemas y con los errores porque *“la vida te da la yaga y te da la medicina”*. María cree que es uno mismo el que tiene que plantearse su vida según se la vaya encontrando, hay que buscar la mejor manera de lidiarla, y siempre con paciencia, pues en nuestro camino siempre tropezaremos con altas y bajas: *“Hay que vivir las alegrías cuando llega el momento de disfrutarlas y si las cosas salen mal, no hay que temer, pues las casas no son todas las que suben arriba, hay veces que no tienen cimientos y se caen; pero hay que saber ponerles el pilar para que vuelvan a alzarse otra vez”*. Y la vida le ha demostrado que ese pilar existe, y aunque tarde en aparecer, siempre hay que buscarlo.

María piensa en toda la gente que ha conocido y hoy sabe que *“siempre ha dado con muy buenas personas”*, que todas esas convivencias le han *“hecho vivir muchísimo”*. Hoy echa de menos todas las cosas que ha hecho y que le hicieron sonreír, porque, aunque haya pasado muchas penas, siempre ha tenido muchos



ánimos, y por esa razón piensa que *"a la vida hay que seguirla como uno buenamente pueda"*.

Los años le han enseñado que hay que saber sufrir, que no todo es reírse ni cantar, pero que *"merece la pena vivir la vida"*. A día de hoy está orgullosa de haber dedicado una vida entera a ayudar a los demás, pues *"compartir es lo más bonito del mundo"*. Y no hay nada más bonito que recorrer mentalmente las vivencias pasadas y pensar, como piensa María: *"He tenido suerte en todo lo que he hecho, incluso viviendo de esa forma, y a mis 84 años, me alegro de esa vida que he pasado"*. Y le llena de satisfacción ver que sus hijos han creado su propia familia, que su relación con Curro continúa brindándole felicidad y que hoy pueda mirar directamente a la vida y darse cuenta de que ha aprendido a vivir, *"porque saber vivir es muy bonito"*.